

Se as razões de Bush para invadir o Iraque são mais que conhecidas, os motivos de Blair para apoiar as aventuras imperiais americanas são menos óbvios.

Este artigo busca explicá-los, a partir das transformações recentes no trabalhismo britânico.

Blair Bush y la guerra de Irak

Francisco Domínguez

El 7 Octubre de 2004, periódico inglés *The Independent* publicó el artículo "El juicio final" donde se informa el resultado de las exhaustivas investigaciones del Iraq Survey Group, la comisión designada por el presidente Bush encargada de determinar si había o no armas de destrucción masiva en Irak.

La conclusión es lapidaria: no se encontraron ni armas biológicas, ni químicas, ni nucleares, ni sistemas para detonarlas o lanzarlas, ni programas para desarrollarlas, ni ningún tipo de armas prohibidas por las decisiones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Como se dice en Gran Bretaña: "Not a sausage!" (¡Ni siquiera una salchicha!). Es decir, la guerra fue totalmente innecesaria, se justificó sobre bases totalmente falsas, y tanto Bush como Blair y sus respectivos secuaces, simplemente le mintieron a sus parlamentos, a los ciudadanos de sus países, a las Naciones Unidas, al mundo todo.

El daño político de estas 'revelaciones' para Blair, quien repitió majadera y mendazmente

Francisco Domínguez es Jefe del Depto de Estudios Latinoamericanos y dirige el Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Middlesex.

que las inexistentes armas de destrucción masiva de Saddam podían ser desplegadas y disparadas a los centros nerviosos del Occidente como Londres en 45 minutos, es irreparable.

Blair se ha convertido en un cadáver político en busca de un ataúd más o menos cómodo. Las verdaderas razones de Bush para invadir Irak son conocidas, apoderarse de una de las fuentes de petróleo más importantes del mundo como parte del objetivo de hegemonía norteamericana mundial total que fue formulada en el "Proyecto para el Nuevo Siglo Norte-americano" y publicada en 1997 y firmada por los fanáticos neoconservadores de la administración Bush como Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush, Elliot Abrams, Dan Quayle y Francis Fukuyama entre otros. La cuestión es ¿cuáles son las razones de Tony Blair, líder Laborista, para plegarse tan entusiastamente a la cruzada de la extrema derecha norteamericana contra Irak?

Para responder a esta pregunta es necesario comprender a Blair y sus actos políticos en el contexto de la evolución del laborismo británico en los últimos años. El proyecto de Blair se inscribe en la lógica de derechización sostenida de la burocracia política y sindical laborista luego de las consecutivas derrotas ideológicas y electorales que el laborismo sufrió en 18 años de dominio conservador desde 1979 con Margaret Thatcher y su sucesor, John Major, hasta la elección de Blair en 1997. Esta derechización acumulativa ha producido una especie de contrarrevolución ideológica en la que el laborismo se ha desecho incluso de los ropajes formales que lo hacían una corriente 'socialista' como la Cláusula IV de los estatutos del partido que le comprometía a "nacio-

nalizar todos los medios de producción, distribución e intercambio", y que implicó, además, el abandono de las tímidas políticas de redistribución de la renta con las que el laborismo ha estado asociado históricamente en el país.

Es este proceso el que produce a Tony Blair. Blair no es laborista. Por sus instintos, sus predilecciones, su ideología y sus reflejos, Blair es un conservador casi de extrema derecha.

En esencia, el 'blairismo' consiste en la adopción global de las concepciones del 'thatcherismo' de rechazo a las políticas redistributivas del pasado que financian el estado de bienestar y que incluyen el derecho universal de la población a la atención de salud gratis, el derecho a la educación primaria y secundaria gratis, además de una amplia variedad de beneficios sociales para los jubilados, las madres solteras, los minusválidos y otros grupos sociales.

El 'blairismo' acepta la dicotomía reaccionaria que considera la empresa privada eficiente y a la empresa pública ineficiente y despilfarradora, y que está a la base del celo privatizador de Blair. Por último, el 'blairismo' consiste en una capitulación total – genuflexiva – al imperialismo más fuerte en política internacional.

Para lograr esto último Blair cuenta con la relación militar especial entre Gran Bretaña y Estados Unidos que se remonta a los fines de la Segunda Guerra Mundial cuando fue establecida por Winston Churchill y Franklin Delano Roosevelt. Los voceros del blairismo reconocen y admiten esta derechización pero se apresuran a señalar que fue la que logró que el laborismo retornara al gobierno con una abrumadora mayoría parlamentaria que aumentó en la elección de 2001.

Antecedentes: razones del triunfo electoral

Un titular de *The Economist*, vocero del capital financiero británico, resumió con exactitud el momento político de la elección de Tony Blair y el Partido Laborista al gobierno en 1997: "Los Tories merecen perder, el Laborismo no merece triunfar" (7 Mayo, 1997). Es decir, los Conservadores se habían desacreditado tanto y estaban tan divididos internamente que era

imposible que ganaran la elección general de 1997. El descrédito provenía de tres fuentes. Los altos niveles de corrupción simbolizados por los juicios contra altos dirigentes del partido Tory como Jonathan Aitken, Ministro de Adquisiciones de Defensa, quien terminó con una condena de cárcel de 18 meses por corrupción, o Jeffrey Archer, extravagante Vice

Presidente del partido, ferviente thatcherista, candidato a Alcalde por Londres y otros importantes puestos en el partido y gobierno, e inveterado mentiroso, que está todavía en la cárcel por perjurio. En segundo lugar, las colosales divisiones del gobierno y del partido respecto de la integración británica en la Unión Europea llevaron al gobierno de John Major prácticamente a la parálisis.

En realidad, las divisiones por causa de Europa son tan profundas que existe hasta ahora un estado de guerra civil interno larvado en el partido, y que aflora toda vez que el asunto de Europa salta a la palestra. La tercera razón, probablemente la más importante, era la enorme impopularidad de las políticas económicas derechistas del gobierno de John Major en relación al estado de bienestar, la educación, la salud, los impuestos, y casi todas las demás áreas de la vida nacional.

Retrospectivamente, el factor decisivo que selló la derrota electoral conservadora de 1997 fue el Miércoles Negro, el 16 de Septiembre de 1992, cuando Norman Lamont, Ministro de Economía de Major, con una palidez mortal en el rostro anunció ante las cámaras de TV que Gran Bretaña se veía en la obligación de retirarse del Mecanismo de Tasas de Intercambio (Exchange Rate Mechanism) de la Unión (entonces Comunidad) Europea (Times Online, Septiembre 16, 2003). Desde ese momento, los días de gobierno Conservador estuvieron contados.

Así en Mayo de 1997 el regocijo popular llenaba las calles de Gran Bretaña con la noticia del triunfo abrumador del Laborismo no tanto por la excitación de la llegada de Tony Blair al gobierno, sino fundamentalmente por la derrota de los Tories. El último de los gobiernos laboristas antes de Blair había terminado estrepitosamente como consecuencia del llamado "Invierno del Descontento" en 1979 en el cual el país estaba dominado por huelgas obreras que se oponían a la política de austeridad que el gobierno de James Callaghan trataba infructuosamente de imponer (Blake: 1997).

El Laborismo se pasó toda la década de los 1980 repensándose estratégicamente y auto-enmendándose políticamente a fin de recupe-

rar lo que a juicio de sus líderes era una elusiva electabilidad. Gran parte de ese profundo examen de conciencia laborista apuntaba a la creación de pactos electorales, principalmente con los Liberales, partido burgués de centro, históricamente hegemónico en la burguesía hasta 1913, fecha del fin de su supremacía política y electoral (Dangerfield: 1997).

Se trataba de crear una alianza lo suficientemente amplia que no sólo garantizará el triunfo electoral sobre los conservadores, sino que su amplitud debía evitar la 'rotativa' en el gobierno entre Conservadores y Laboristas que supuestamente habría predominado desde la segunda guerra mundial.

Thatcher llega al gobierno con una inmensa mayoría parlamentaria y enfrenta a un Laborismo desmoralizado, desorientado ideológicamente, a la defensiva en el terreno político, y con una proporción significativa de la clase trabajadora calificada que no sólo lo ha abandonado electoralmente sino que además apoya al Conservadurismo.

Por otro lado, debido a la desastrosa política económica derechista de Callaghan, los sectores tradicionales del movimiento obrero y sindical – mineros, siderúrgicos, empleados públicos y de la salud, por ejemplo – tienen en 1979 una profunda desconfianza hacia el Laborismo y se han desplazado, críticamente, a la izquierda. Thatcher recibe un estado con una profunda crisis fiscal.

Montada en el caballo ideológico monetarista, Thatcher llevará a cabo una contrarrevolución económica que tendrá profundos y retrógrados efectos en la distribución fiscal entre las clases, la relación entre empresa estatal y privada, el financiamiento del estado de bienestar y la protección tradicional del estado hacia los sectores más desvalidos de la población como pensionados, madres solteras, desempleados, inmigrantes y los pobres en general.

Las políticas del gobierno de Thatcher son, asimismo, enormemente beneficiosas para el capital nacional e internacional. Se trata de aplicar el Marxismo al revés, a saber, lograr una transferencia substancial de la riqueza y del poder político desde los pobres a los ricos. Lógicamente, el discurso de Thatcher expresa

esta contrarrevolución en la ideología que promueve y que se puede resumir en dos frases que ella emitió en sendos congresos del Conservadurismo inglés: "El derecho a ser desigual" y "la sociedad no existe, solo el individuo existe".

Los cambios estructurales introducidos por Thatcher y la facilidad con que los logra implementar son asombrosos. El celo contrar-reformador de su gobierno es intenso: todo lo que se puede privatizar se privatiza, desde los ferrocarriles, hasta la compañía de teléfonos, incluyendo el gas, el agua potable, la electricidad, parte del transporte público, el acero, inclusive la vivienda barata estatal, una de las conquistas más importantes de la clase obrera y de los pobres de Gran Bretaña (Hall & Jacques: 1983).

Las reducciones presupuestarias a los gobiernos locales fueron bajo su primera magistratura también extremadamente drásticas, al mismo tiempo que se introducía legislación para aplicar severas penas financieras a las municipalidades que intentaran compensar los deficits presupuestarios, así ocasionados, con impuestos locales. Simultáneamente, el gobierno imponía reducciones a los subsidios a las industrias en declinamiento y buscaba cerrar todo empresa que pudiera.

Coherentemente con lo anterior, el gobierno introdujo legislación que restringía draconianamente la acción de los sindicatos, entre las cuales se destaca la prohibición específica de hacer huelga en solidaridad con otros trabajadores en conflicto. Thatcher triunfa decisivamente en sus esfuerzos por debilitar al movimiento obrero organizado en 1984-85, fecha en que logra derrotar al contingente más combativo, más radical y mejor organizado del sindicalismo británico, los mineros del carbón (Gamble: 1994).

Las consecuencias, como era de esperarse, fueron devastadoras. Amplias capas de trabajadores vieron su futuro completamente arruinado debido a un aumento in crescendo del desempleo. Para mediados de 1980 la cifra del desempleo bordeaba los 6 millones.

Como 'incentivo' a los desempleados a encontrar empleo, se redujo drásticamente los beneficios del estado de bienestar a los oficial-

mente registrados en las listas de parados. El objetivo declarado de las políticas y la acción del gobierno explicado por teóricos Conservadores como Keith Joseph, mentor político-intelectual de Thatcher, era lograr el aumento de la riqueza producida a través de la reducción de los impuestos, lo que llevaría a un incremento de la inversión productiva.

En otras palabras, se argumentaba que el país estaba en crisis debido a los altos niveles impositivos por causa del gasto estatal, definido como improductivo. En breve, para que el país saliera adelante era necesario sino dismantelar el estado de bienestar por lo menos reducirlo significativamente. Es decir, la solución estriba en que el rico fuese más rico y el pobre más pobre. Una vez que el crecimiento económico ocurriera, el chorreo y las oportunidades ofrecidas al individuo por el funcionamiento del mercado haría mas próspera a toda la sociedad.

Sin embargo, para 1996-7 la total falta de credibilidad de los conservadores se apreciaba en la descripción hecha por un perspicaz observador que describió el momento del triunfo de Blair: "Cerca de un millón y medio de dueños de vivienda se encontraban comprimidos por los saldos negativos resultados de la caída del valor de sus casas más abajo que el del creciente valor de sus hipotecas. Por lo menos otro millón han descubierto que sus privatizadas pensiones era un muy mal negocio. Muchos otros se preocupaban por sus perspectivas personales en un mercado de trabajo a medio tiempo crecientemente informalizado, o veía impotente la descomposición de la salud pública y la educación.

La arrogancia y la corrupción de los diputados Conservadores, la auto-indulgencia de los patrones de las industrias recientemente privatizadas y, lo más importante de todo, las profundas divisiones sobre la unión monetaria europea, explican también la hemorragia del apoyo electoral Conservador." (Blackburn: 1997, 4).

Por ello, no sorprende que en la elección de 1997, los conservadores hayan obtenido apenas el 32% del voto popular, su peor resultado desde 1832 (Blackburn: 1997, 3).

Blair hereda una nación completamente

transformada en la cual el peso del paradigma neoliberal tanto en lo ideológico como en lo económico es abrumador. Las transformaciones

estructurales resultantes de 18 años de gobierno Conservador han metamorfoseado la sociedad, la política, y la economía.

Principales componentes intelectuales del Blairismo

La idea central que ha animado la propaganda y gran parte de las políticas de Blair en el gobierno ha sido la de que el crecimiento económico basado en el funcionamiento del mercado producirá los recursos que financiarían una deseada, pero nunca definida, modernización.

Tal postura rompe con la tradición intelectual del Laborismo. Ya en 1996, algunos observadores indicaban cómo la adopción de la herencia neoliberal Tory por parte de Blair y sus partidarios iba a significar la matención de la supremacía del mercado por sobre cualquier consideración social a objeto de aumentar la eficiencia productiva del capital británico y así incrementar su competitividad en la arena internacional. Para esa fecha daba la impresión de que Blair hacía esfuerzos infructuosos para diferenciarse de los Tories y se argumentaba por algunos críticos de la izquierda que el Laborismo se auto-imponía restricciones en el ámbito económico lo que resultaría en la no implementación de su programa de modernización (Coates: 1996, 3).

Si la modernización basada en el libre funcionamiento del mercado iba a producir el deseado crecimiento económico que la financiaría, ello no reduciría la enorme brecha entre ricos y pobres ni las agudas diferenciaciones regionales, especialmente entre el Norte y el Sur del país. Este es otro aspecto de la ruptura con los principios tradicionales del Laborismo británico, a saber, intervención estatal para aminorar las diferencias sociales existentes, mucho más necesarias y urgentes luego de casi dos décadas de políticas económicas y sociales Conservadoras.

La verdad es que la adopción de la herencia Tory no resultó por force majeure sino por que el equipo dirigente que rodea a Blair concuerda profundamente con esos principios. Ya en 1994 los partidarios del 'blairismo' preparaban las bases intelectuales de la contrarrevolución en

el pensamiento económico social del Laborismo. El 'think-tank' Instituto para la Investigación de las Políticas Públicas (IPPR – Instituto for Public Policy Research), preparó, entre muchos otros, dos documentos, *The Justice Gap* (El Tamaño de la Injusticia) y *Social Justice in a Changing World* (La Justicia Social en un Mundo Cambiante) en los cuales se combina los conceptos de 'comunidad' y de 'oportunidad' a objeto de tratar de hacer los principios del 'Nuevo Laborismo' o 'blairismo' compatibles con aquéllos del thatcherismo (Cohen: 1994, 7).

En estos panfletos se considera la oportunidad de un trabajador de conseguir un empleo bien pagado (algo cada vez más raro para la inmensa mayoría de los proletarios del mundo) con la de un capitalista o inversionista para quien 'una oportunidad' puede significar la ganancia de millones de libras esterlinas o dólares, como idénticas. Los resultados desiguales de esta 'igualdad de oportunidades' se justifica a los ojos de los blairistas porque depende de las decisiones 'libres' del individuo. Por ello, nadie, especialmente el estado, debe inmiscuirse en este asunto tratando, por ejemplo, de redistribuir el ingreso puesto que atentaría gravemente contra el principio de la libertad.

Aunque por caminos tortuosos y después de asombrosas contorsiones intelectuales los blairistas llegan a las mismas conclusiones reaccionarias que los partidarios de Von Hayek o de Milton Friedmann: cualquier intento de redistribución a favor y como consecuencia de la presión política de los grupos sociales en desventaja que crea la economía de mercado, pone en peligro la libertad individual.

Por ello, el Nuevo Laborismo rechaza una política de impuestos progresivos a fin de mantener, mucho menos aumentar, los servicios y prestaciones del estado de bienestar. Subyace en este argumento la idea de que, como en una economía de mercado la libertad y la igualdad

están en contradicción constante, el principio más importante es la libertad por lo que no todas las desigualdades son injustificadas. Así, los primeros grupos en ser atacados por las reducciones presupuestaria de Blair fueron los minusválidos y los pensionados, a los primeros de los cuales el gobierno quiso dejar sin beneficios sociales por medio de una redefinición legal de lo que es la incapacidad y, a los segundos, por medio de la abolición del vínculo entre ingresos e inflación, lo que ha significado una reducción drástica en sus pensiones (Jones: 1999).

Frank Field, ministro nombrado por Blair para hacerse cargo de este aspecto de la llamada modernización, es un admirador público del sistema de pensiones privados en Chile, al que regularmente elogia (Marques: 1997, 127). El Nuevo Laborismo de Blair "es tal vez mejor entendido como thatcherismo 'suavizado' por el Old Labour (Viejo Laborismo). Acepta, casi enteramente, las políticas del gobierno de Thatcher: la privatización, desregulación, mercados de trabajo 'flexibles', baja carga impositiva, 'reformas' sin fin del sistema educacional, la caza de 'parásitos' de la seguridad social – más o menos la totalidad del programa neo-liberal, en verdad, en algunos aspectos New Labour ha ido más lejos que los Conservadores." (McKibbin: 2000).

Blair recibió aclamación cuando en uno de sus discursos electorales antes de 1997, anunció que en su gobierno habría tres prioridades "education, education and education, in that order" ("educación, educación y educación, en ese orden"). Sin embargo, ya en 1998, había presentado proposiciones detalladas a fin de eliminar la gratuidad de la educación universitaria, incluyendo la abolición de las becas universales a la que los ciudadanos tenían derecho por ley. Ni siquiera Thatcher, que también rechazaba la gratuidad en toda la educación, no sólo la universitaria, se atrevió a cambiar este principio igualitario por el cual los individuos, independientemente de su ingreso, pueden tener acceso a la educación superior. Tales propuestas crearían dos tipos de sistemas universitarios: uno elitista, en donde universidades tales como Oxford y Cambridge podrían cobrar los precios que quisiesen, mientras

muchas de las restantes universidades del país entrarían en un proceso inexorable de decadencia financiera que terminará en su quiebra total. (Watts: 1998)

Además, desde sus inicios el gobierno de Blair adopta una política económica 'prudente' bajo la dirección del ministro de economía, Gordon Brown, quien en 1997, anunció que de allí en adelante la tasa básica de interés sería decidida por el Banco Central renunciando con ello a un instrumento clave para determinar la política económica de la nación. Eddie George, Jefe del Banco, nombrado durante el período Conservador, se inclina por una tasa de interés que beneficie al capital financiero, lo que opera en perjuicio de todas las demás clase sociales del país, incluyendo el capital industrial, y con consecuencias económicas negativas ya muy conocidas de desincentivo inversor, baja tecnología y debilidad industrial.

Brown también se comprometió a mantener los planes de gasto de Kenneth Clarke, ministro de economía del gobierno Conservador de John Major (Blackburn: 1997, 9). Además, desde antes de la elección, Blair se había comprometido a no aumentar los niveles de impuestos ni siquiera para aquéllos individuos de ingresos exorbitantes, porque supuestamente garantizaría la lealtad electoral de los trabajadores calificados que habían emigrado electoralmente a los Tories y que en 1997 votaron masivamente por el Laborismo. En realidad, es apenas una velada excusa para mantener niveles impositivos escandalosamente favorables a los ricos.

Intelectualmente entonces, el blairismo es un intento de reacomodo ideológico del laborismo al neo-liberalismo thatcherista. No es más que una 'thatcherización' de las altas cúpulas del Partido Laborista. Esta operación política reaccionaria ha tenido varios hitos entre los cuales están el abandono de la posición de desarmamiento unilateral. Durante la década de 1980, la administración Reagan desplegó una nueva generación de misiles balísticos intercontinentales en Europa Occidental a objeto de poner presión económico-militar contra la URSS y el bloque soviético lo que creó un movimiento de masas gigantesco: la Campaña por el Desarmamiento Nuclear (CND),

fuertemente apoyada por el grueso del Laborismo. Sin embargo, a objeto de hacer al laborismo 'elegible', Neil Kinnock, líder entonces y que había sido un ferviente unilateralista, logró que el Laborismo apoyara la posición norteamericana de despliegue de los misiles. La posición 'multilateralista' – desarmamiento nuclear sólo cuando todos los demás se desarmasen – fue formulada por la corriente laborista conocida como 'atlanticista', es decir, pro-norteamericana. He aquí uno de los antecedentes del pro norteamericanismo de Tony Blair. Por supuesto, no es el único.

Tradicionalmente, la jerarquía laborista británica, especialmente cuando ha estado en el gobierno, ha apoyado al imperialismo norteamericano, como por ejemplo con el sólido apoyo que otorgó la administración de Harold Wilson a la guerra de Vietnam en los 1970 aunque nunca al nivel que lo ha hecho Blair.

Parte del programa blairista de 'modernización' es la "devolution", es decir, el auto-gobierno de los países (o regiones) que conforman el Reino Unido, a saber, Inglaterra, Escocia, Gales y el Norte de Irlanda. Luego de muchísimas propuestas y planes, se ha logrado un parlamento en Gales en y Escocia con poderes bastante limitados en el terreno fiscal, educacional, político y económico.

Pese a su timidez, no se puede desconocer el progreso logrado por las demás nacionalidades dentro del estado-nación. En parte la razón de estas reformas constitucionales – que se asemejan a la regionalización del estado español con las Autonomías en Galicia, Cataluña y el País Vasco – era el desafío electoral representado por el Partido Nacionalista Escocés (Scottish Nationalist Party) y por el Partido Nacionalista Gales (Plaid Cymru) a las fortunas parlamentarias del Laborismo.

En relación a Gales debe destacarse que Tony Blair impidió la expresión democrática del Laborismo e impuso su propio candidato, Allun Michael, quien casi pierde la elección de presidente de la asamblea parlamentaria de Gales debido al ausentismo electoral de las bases laboristas, indignadas con la interferencia blairista, y que luego fue obligado a renunciar. Finalmente, el laborismo galés logró que su can-

didato, Rorhi Morgan, representante de la izquierda, fuese elegido como presidente de la asamblea galesa, posición que ocupa hasta hoy día. En Irlanda del Norte pese a la creación de una Asamblea Gubernativa, poco progreso se ha logrado debido fundamentalmente a la intransigencia de los protestantes.

De todas formas, la "devolution" en Irlanda del Norte la comenzó el gobierno de John Major, no el de Tony Blair. Así y todo, pese a reformar aspectos centrales de la constitución del Reino, la modernización de Tony Blair en este aspecto es bastante moderada pues el poder gubernamental real continúa en Westminster, es decir, en la Casa de los Comunes, donde ha residido tradicionalmente. Por último, en el terreno de la reforma constitucional, el gobierno ha cumplido con su compromiso de crear una Asamblea y un Alcalde elegidos por voto directo en Londres. El candidato más popular para este importante puesto político era (y es) Ken Livingstone, laborista de izquierda, que ocupó una posición similar en la Municipalidad de Londres bajo el gobierno de Thatcher desde la cual realizó una labor de efectiva oposición a las políticas conservadoras, discriminatorias, racistas y de austeridad thatcheristas (en realidad, precisamente por esa labor es que Livingstone es tan popular hoy). Blair dirigió una feroz campaña política para impedir que el laborismo nombrara a Livingstone como su candidato para Londres, hasta el punto de manipular los resultados, impedir votos, prohibir mociones dentro del partido laborista en Londres, obligando a Livingstone a presentarse como independiente en una elección en que triunfó ampliamente. Su reelección en las próximas elecciones es casi segura.

La "devolution" de Blair busca terminar la responsabilidad del gobierno central en las cuestiones económicas y presupuestarias relacionadas con la capital y las regiones. Afortunadamente, en la capital, estos objetivos han sido frustrados gracias a la elección como Alcalde de Ken Livingstone, posición desde la cual ha hecho una oposición sostenida al conjunto de los fines neoliberales del gobierno incluyendo sus esfuerzos para privatizar el

transporte público. Los esfuerzos privatizadores de Tony Blair ya se expresaban en 1999 cuando intentaba que el Laborismo y el gobierno aprobaran sus Iniciativas de Financiamiento Privado (Private Funding Initiatives) que apuntaban a obtener inversión privada en los servicios públicos, hospitales, escuelas, empresas, etc (Mortimer: 1999).

Debido a la impopularidad de las PFI, Blair decidió renombrarlas y llamarlas 'PPP', Sociedad Público-Privada (Private-Public Partnership), que el movimiento obrero organizado y el propio Laborismo continúan rechazando (véase "London Labour says no to PPP for tube", Socialist Campaign Group News N°160, December 2000).

No todo el programa modernizador de Blair es reaccionario, sin embargo. Blair anunció la democratización del sistema parlamentario británico proponiendo la abolición de los "lores hereditarios" de la Casa de los Lores, la cámara alta, no electa, del parlamento.

La inmensa mayoría de los "lores hereditarios" son Conservadores y reaccionarios y han tradicionalmente bloqueado toda legislación progresista o radical proveniente de la Casa de los Comunes, la cámara de los diputados elegidos en elecciones democráticas.

El plan original apuntaba a que luego de la abolición de los "hereditarios", la Casa de los Lores fuese completamente electa en elecciones normales. Sin embargo, Blair no hizo absolutamente nada al respecto hasta el 2001 cuando la presión de las bases laboristas se hizo tan intensa que le obligó a presentar la legislación prometida, pero lo hizo de tal manera, que resultó en una farsa. El gobierno dejó en libertad de acción a los diputados para votar como quisiesen y permitió que se presentaran varias propuestas de cómo realizar la reforma sin recomendar ninguna, produciendo una increíble confusión para deleite de los Conservadores y de los "lores hereditarios" y sus partidarios.

Incluso con promesas enormemente populares tales como la abolición de la caza de la zorra – un 'deporte' no sólo brutal y sanguinario sino que profundamente reaccionario y feudal, incluida en el programa electoral de 1997 – el gobierno dió tantas volteretas y esquivó el tema

por tantos años, que la ley que terminó suprimiendo esta práctica antediluviana sólo se logró pese, y no gracias, al gobierno. Cuando de trata de cuestiones progresistas el celo modernizador de Blair deja mucho que desear.

Con respecto a Europa Blair se comprometió a un referéndum a objeto de adoptar la moneda única, el Euro. También se prometió adoptar los estándares ecológicos de la Unión Europea así como los principios y normas del Capítulo Social de la Unión Europea. Como en otras áreas, la política del gobierno con respecto a la Unión Europea no ha hecho mucho progreso, todo lo contrario. Blair, no se ha atrevido a organizar el anunciado referéndum y, aunque ha anunciado la realización de tal referéndum, lo ha hecho, en nuestra opinión deliberadamente, en el peor momento político posible.

Luego de la guerra de Irak y las diferencias con Francia y Alemania al respecto y su postura servil hacia el gobierno Bush, es improbable que la integración de Gran Bretaña en la Unión Europea ocurra antes de la próxima elección general en 2005. En Europa, Blair ha apoyado las posiciones más reaccionarias como su oposición a esquemas franceses de creación de empleos en 1997 acusándoles de Euroesclerosis (Marquese: 1997, 127) y promocionando la flexibilización de los mercados del trabajo al resto de Europa. Su derechismo se notó también en la alianza con Aznar y Berlusconi, representantes de la extrema derecha europea, con quienes Blair se siente mucho más a tono que con sus camaradas socialdemócratas.

En lo que respecta a los inmigrantes tanto del Tercer Mundo como de Europa Oriental, la política del gobierno Blair se ha ido derechizando en la misma medida en que la resistencia del movimiento obrero al desmantelamiento del estado de bienestar se ha ido endureciendo, al punto de que en muchos aspectos es difícil distinguirla de la política del National Front o del British National Party, organizaciones fascistas y racistas de extrema derecha, cuya principal actividad es organizar ataques físicos en contra de individuos o familias de color y hacer campaña para que los inmigrantes, especialmente los de piel oscura, sean repatriados.

Como en Francia bajo el ministerio de

Pasqua, el caballo de batalla del gobierno ha sido el 'gravísimo' problema de la inmigración 'masiva'. Activistas anti-racistas como Kumar Murshid, concejal laborista y dirigente de la Asamblea Nacional Contra el Racismo, ya en 1998, con apenas un año de gobierno Blair, denunciaba los intentos legislativos del gobierno de limitar los derechos de los extranjeros que solicitaban asilo en el país (Murshid: 1998).

Desde entonces, la línea del gobierno se ha drechizado sostenidamente hasta el punto de que el ministro del interior, David Blunkett, propone que los extranjeros que soliciten asilo en Gran Bretaña fuesen enviados lejos del país, probablemente a Marruecos, Argelia, Moldova o Albania, a campos de detención especialmente creados para este efecto (*The Guardian*, Octubre 11, 2003).

La democracia interna del partido laborista que, aunque de ninguna manera perfecta, existía y era bastante vigorosa y vibrante. A su llegada al liderazgo del partido en 1994 Blair introdujo cambios estructurales cuyo objetivo era extirpar y erradicar las instancias de democracia interna que se remontan al origen histórico del Laborismo. Según un observador, "la dirección laborista parece decidida a establecer un grado de control dentro de su partido sin precedentes en la historia moderna británica". Peter Mair (2000, 21)

El control burocrático de Blair sobre el partido Laborista es tal que Mair lo equipara en forma, a la concepción mussoliniana de "un partido, una voce" (op.cit., 26), y ha llevado a algunos de sus ex partidarios a sugerir que Blair es un "control freak", que traduce más o menos como "fanático anormal del control" (Hutton: 2000), y a los partidarios del periódico de la izquierda laborista, Socialist Campaign Group News, a denunciar la persecución 'macarthysta' de Blair en contra de concejales, diputados y miembros de la izquierda dentro del partido (Nº133, Junio de 1998).

En los hechos, Blair ha logrado burocratizar el funcionamiento del partido en áreas cruciales tales como la elección del Comité Ejecutivo Nacional, tradicionalmente foco de oposición a la dirección debido a que tiene representantes de los sindicatos afiliados al partido, de

varios grupos de presión (mujeres, minorías étnicas, gays), y de los grupos locales del partido, y que previo a la 'modernización' tenían el derecho de cuestionar las propuestas de la dirección, presentar propuestas alternativas y defenderlas en el congreso anual. Los grupos locales, además, tenían el derecho exclusivo a elegir el candidato a diputado de su distrito.

La dirección ha también reforzado la disciplina de los diputados laboristas cuando se trata de votos importantes relacionados con reducciones del gasto público a la educación, salud, o pensiones. La importancia y el peso de los sindicatos afiliados en el funcionamiento interno del partido y el peso de su voto en el congreso anual han sido reducidos. Esto es decisivo en la legitimación de decisiones relacionadas con el estado de bienestar y el sector público en general.

El gabinete también está sometido a una disciplina de hierro y no hay espacio para la disensión, debates e incluso dudas. Blair exige lealtad total y absoluta. Hasta hace poco, el control de Blair sobre el gabinete era tan absoluto que las reuniones semanales de gabinete duraban normalmente ¡media hora!

El programa de Blair, sin embargo, hace necesaria no sólo el estrangulamiento de la democracia interna del Laborismo, sino que la democracia liberal en el estado mismo. El objetivo de Blair y sus secuaces es la des-ideologización de la política británica así como la marginalización del Laborismo mismo de las decisiones políticas y económicas cruciales (entrada a la Unión Europea, desmantelamiento del Estado de Bienestar, la alianza militar estratégica con los Estados Unidos, decisiones sobre si apoyar o no la política guerrerista del imperio norteamericano, etc.). Se trata de hacer lo más borrosas posibles las diferencias ideológicas y políticas entre los partidos. El éxito de esta estrategia permitiría garantizar mayorías parlamentarias derechistas que crucen las barreras partidarias tradicionales.

Blair busca obviar la oposición del Laborismo mismo a su programa derechista ya sea en su forma parlamentaria, sindical o de la base del partido. Siguiendo la misma lógica derechista y anti-democrática, Blair trató de evitar

por todos los medios la discusión parlamentaria sobre si apoyar o no la guerra contra Irak. Fueron solamente las masivas manifestaciones de oposición, tanto dentro como fuera del parlamento, las que le obligaron a ello.

Como se sabe, más de 2 millones marcharon contra la guerra contra Irak el 15 de Febrero de 2003, en la marcha más grande de la historia del país; la oposición parlamentaria sobrepasó los 200 diputados y fue sólo gracias a los votos de los diputados Conservadores que Blair logró mayoría. Además, Blair – hasta ahora sin éxito – ha propuesto que los partidos sean financiados centralmente por el estado y no por sus afiliados. Significaría el fin de los partidos políticos de masa bajo algún tipo de control y escrutinio democrático que es la consecuencia lógica (y consciente) del objetivo perseguido por Blair: el surgimiento de un sistema político despolitizado y desideologizado (Abbott: 2002).

Los medios de comunicación británicos se han auto-convencido y proyectan la imagen de que pese al derechismo de Blair el electorado nacional continúa apoyándole, o, temiendo una vuelta de los Conservadores y prefiere aceptar más o menos pasivamente la política del

gobierno actual. La verdad, como lo demuestra la oposición a la guerra contra Irak, es bastante diferente. Partes importantes del electorado tradicional laborista en los bastiones obreros del norte del país o en los distritos pobres de las grandes ciudades, combate al blairismo absteniéndose de votar. El número de votantes en la elección que eligió a Blair en 1997 fue más o menos un 50%, total del cual el laborismo obtuvo apenas el 43%.

Estas cifras no reflejan una aprobación eufórica de la política o ideología de Blair. Más aún, en las elecciones al parlamento europeo del 10 de Junio de 1999, el Laborismo recibió sólo el 28% de los votos en una elección en donde apenas el 23% del electorado se dignó votar.

Peor aún, en la elección complementaria a diputado por Hartlepool, en el norte de Inglaterra, en Octubre 2004, el candidato laborista triunfó con una mayoría inmensamente reducida de 2003 votos. Hartlepool es un bastión obrero del laborismo cuya mayoría era de 14.571 votos (Anderson: 1999). La razón fundamental es el desprestigio de Blair y su gobierno por la guerra contra Irak.

El Blairismo, Europa y los Estados Unidos: la guerra permanente

El apoyo total, absoluto e incondicional de Blair a la política guerrrera de la administración Bush en Irak confirma el carácter profundamente reaccionario de la posición del líder laborista.

En 1997, algunos ingenuos pensaban que el gobierno de Blair, de alguna manera, representaba una ruptura con el thatcherismo, el neoliberalismo y con la política exterior pronorteamericana. Se esperaba un giro drástico de Blair hacia Europa y un distanciamiento de los peores aspectos de la política exterior norteamericana.

Sin embargo, ya en 1998, sectores de la izquierda laborista notaban con preocupación el apoyo irrestricto de Blair al bombardeo de Sudán, luego de ataques terroristas a las embajadas norteamericanas en Nairobi y Dar-es-Salaam (Benn: 1999). Pre-anunciando su apoyo a Bush, la política de Blair en relación a Kosovo

fue idéntica a la de Clinton: intervención por medios económicos y principalmente militares en los Balcanes esencialmente contra Serbia a objeto de desmembrar completamente la Federación Yugoslava. Blair también apoyo el bombardeo de Yugoslavia en Abril de 1999 pese al enorme descontento y oposición expresado por los diputados laboristas y las muchas manifestaciones en contra.

Es interesante contrastar el celo antidictatorial de Blair en relación a Milosevic y su casi completo distanciamiento en la práctica del debate relacionado con la extradición de Pinochet. En forma típica, Blair, recurrió a una retórica crítica en el año 1999 cuando en el congreso anual del laborismo se refirió a Pinochet como una persona 'incalificable' y a los Tories como el 'partido de Pinochet', por el apoyo que éstos le brindaron al arrestado exdictador. Como sabemos, el dictador fue envia-

do de vuelta a Chile gracias a las maniobras legales y políticas de Blair y su ministro de Relaciones Exteriores, Jack Straw quien había hecho activa campaña en el pasado en contra de las violaciones de los derechos humanos en Chile (O'Shaugnessy: 1999). Y por si hubo alguna duda respecto del carácter de la política de Blair, la prolongación innecesaria de la detención del ex-dictador chileno Augusto Pinochet en Londres por 18 meses se explica fácilmente por la decisión política del gobierno de Blair de tratar de no sentar un precedente que permitiera extraditar y juzgar a individuos culpables de violaciones de los derechos humanos.

Esto aplica principalmente a altos personeros de administraciones norteamericanas pasadas y presentes que han cometido delitos de lesa humanidad en el mundo, como por ejemplo, Henry Kissinger, quien como Ministro de Relaciones Exteriores de Nixon, fue clave, entre otras preciosuras, en el montaje de la Operación Cóndor, orientada a coordinar los esfuerzos de las dictaduras argentina, brasileña, paraguaya, uruguaya y chilena, para arrestar, desaparecer y asesinar a oponentes de esos regímenes que residían en esos países en los 1970.

Por supuesto que Blair apoyó incondicionalmente y con tropas la invasión norteamericana de Afganistán luego de la voladura de las torres gemelas en Nueva York el 11 de Septiembre de 2001. Como sabemos, el derrocamiento del Talibán por las fuerzas combinadas de EE.UU. y Gran Bretaña, llevó a la Coalición del Norte, dominadas por señores de la guerra y traficantes de opio, al poder en ese paupérrimo país, lo que ha producido una fragmentación pre-feudal del país en territorios o regiones controlados por caciques militares que son tan o más reaccionarios que el Talibán.

Los niveles de violencia han aumentado enormemente en el país, en donde en la práctica predomina la ley del más fuerte y en donde uno de los únicos índices positivos de la situación presente es el aumento gigantesco de la producción de opio. Afganistán provee 75% de la heroína que se consume en el mundo (*The Guardian*, Noviembre 26, 2001).

Blair representa un marcado giro a la derecha y que se resume en el intento de terminar con

el socialismo parlamentario que ha caracterizado la existencia del Laborismo desde su fundación en 1900. Blair está metamorfoseando el socialismo parlamentario del Laborismo haciéndolo cada vez más parlamentario y cada menos socialista (Panitxh & Leys: 1997). Blair – al igual que Thatcher – expresa la apremiante necesidad del capital financiero británico de dismantelar el estado de bienestar a objeto de ser más competitivo tanto en el terreno europeo como en la concurrencia con Estados Unidos y el Japón.

El gobierno Blair y su Nuevo Laborismo es un intento veladamente disfrazado de continuidad con el thatcherismo, el neoliberalismo y el apoyo a la alianza 'atlanticista' entre los Estados Unidos y Gran Bretaña.

El problema es que tanto el dismantelamiento del estado de bienestar, como la guerra de Irak se están convirtiendo en la sepultura en que van a terminar reposando los huesos del cadáver político del otrora todopoderoso Tony Blair. Su situación política es crítica y los diputados y dirigentes sindicales laboristas hablan abiertamente de la necesidad de reemplazarlo como Primer Ministro.

La cuestión es ¿antes o después de la próxima elección general en Mayo de 2005? Luego del reciente congreso del partido laborista – que estuvo dominado por el rapto de Ken Bigley, trabajador británico que fue finalmente decapitado por sus captores irakíes – Blair fue tratado quirúrgicamente por arritmia cardíaca.

El periódico *The Independent* del 2 de Octubre de 2004, informaba del hecho con una foto de un Tony Blair sonriente y pretendidamente saludable y despreocupado con el titular: "El está de vuelta...¿Pero por cuando tiempo?" Como todo politicastro acabado y profundamente desacreditado, Blair se aferra a su puestecito con todo lo que tiene y se embarca, prácticamente cada semana, en alguna iniciativa 'mayor', a objeto de evitar el tema Irak, aunque con resultados miserables. Blair se ha convertido en una figura lamentable que hoy está pretendiendo que se interesa por África, mañana por los pensionados británicos, ayer por el problema de la obesidad en Gran Bretaña, incluso ha comprado una residencia de lujo en

el centro de Londres de £3.65 millones, lo que sea, con tal de que no se hable de Irak. Mientras antes se vaya al basurero de la historia tanto mejor para la humanidad.

Lo que está realmente en juego, es la relación especial transatlántica entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. Nunca antes esta relación imperialista y militarista se había visto sometida a niveles de tensión y de desprestigio como ahora con la guerra de Irak.

Nunca desde la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos había sido tan impopular en un país cuya fidelidad como socio menor del imperialismo más poderoso y más brutal de la

historia de la humanidad ha pasado por durísimas pruebas.

El Laborismo, la izquierda, los trabajadores y todos los elementos progresistas de la nación tienen la posibilidad no sólo de deshacerse de Tony Blair, un pobre diablo que parecía ofrecer una alternativa estratégica al thatcherismo y que es apenas un lacayo despreciable, sino que la historia les ha ofrecido la increíble oportunidad de romper o severamente reducir la subordinación británica a la alianza transatlántica con los Estados Unidos. Sería la mejor contribución del pueblo británico a la construcción de un mundo mejor. ♦

BIBLIOGRAFIA CITADA

"London Labour says no to PPP for tube", Socialist Campaign Group News N°160, December 2000

GAMBLE, Andrew. *The Free Economy and the Strong State: The Politics of Thatcherism*. LOCAL: Macmillan, 1994.

COATES, David. "Labour Governments: Old Constraints and New Parameters. *New Left Review*, N°219, "219, LOCAL Sept / Oct. 1996.

ABBOTT, Diane. "Funding for political parties", *Socialist Campaign Group News* N°179. LOCAL, September 2002.

COHEN, G.A. "Back to Socialist Basics". *New Left Review* N°207, LOCAL, September/October 1994.

DANGERFIELD, George. *Stanford University Press*; Reprint edition, 1997.

O'SHAUGNESSY, Hugh. *Pinochet, the Politics of Torture*. LOCAL: Latin American Bureau, 1999.

MORTIMER, Jim. "Creeping privati-

zation", *Socialist Campaign Group News* N°144, LOCAL June 1999.

KUMAR, Murshi. "Government plans to reduce asylum seekers rights", *Socialist Campaign Group News* N°135, LOCAL September, 1998.

PANITCH, Leo & LEYS, Colin. *From Benn to Blair: The End of Parliamentary Socialism*. London: Verso, 1997.

JONES, Lynne. "Government must drop disability benefits cuts", *Socialist Campaign Group News* N°144, LOCAL June 1999.

WATTS, Mark. "Selling education", *Socialist Campaign Group News* N°138, LOCAL, December 1998.

ANDERSON, Maureen. "Lessons of New Labour", *Socialist Campaign Group News* N°145, LOCAL July 1999.

MARQUESE, Mike. *New Labour and its Discontents*, *New Left Review* N°224, LOCAL July/August 1997.

MAIR, Peter. "Partyless Democracy. Solving the Paradox of New Labour?",

New Left Review N°2, LOCAL March / April 2000.

BLAKE, Robert. *The Conservative Party from Peel to Major*. LOCAL: New Edition Arrow, 1997.

BLACKBURN, Robin. "Reflection on Blair's velvet revolution", *New Left Review* N°223, LOCAL May / June, 1997.

MCKIBBIN, Ross. "Treading Water?", *New Left Review* N°4, LOCAL July / August 2000. *Socialist Campaign Group News* N°133, Junio de 1998.

HALL, Stuart & MARTIN, Jacques. (eds), *The Politics of Thatcherism*. LOCAL: Lawrence and Wishart, 1983.

The Guardian, 26 November, 2001. *The Independent* del 2 de Octubre de 2004.

BENN, Tony. "Stop Britain's support for US bombing", *Socialist Campaign Group News*, N°135. LOCAL: September 1998.

HUTTON, Will, *The Observer*, 13 February, 2000.